

Poesías

=Envío del autor=

Plegaria

A la memoria de mi maestro,
Lic. don Claudio González Rucavado

En el silencio del camposanto
mi ruego elevo con gran fervor,
por los que duermen en el regazo
ya de la tierra... sin un rencor.

Ob! Dios piadoso, tú que les brindas
paz y consuelo, perdón y amor,
otorga al alma que en ti confía
siquiera un rayo de tu esplendor:

Así la vida tendrá el consuelo
de ser calvario para una cruz,
cuya silueta se ve en el cielo
como un camino de eterna luz.

Mi soledad

Dentro de mi soledad,
cual si fuera una hornacina,
pongo mi canto y mi verso:
tengo una estrella vecina.

Es la estrella de la tarde
que en la triste lejanía,
es como un lirio brillante
para la angustia del día.

Es la estrella vespertina
que anuncia un nuevo Belén
a la mente que adivina
tras del Amor, sólo el Bien.

Es la estrella que nos llega,
en la noche del dolor,
anunciándonos la Nueva
Humanidad del Amor!

A una estrella

Para el poeta
Salomón de la Selva.

Lejana estrella
de mi alma hermana,
siempre tan bella,
feliz... lejana!

¿Eres efluvio
de un corazón?
¿La chispa ardiente
de una pasión?

¿Eres la llama
de la virtud
o el ojo vivo
de una inquietud?

Lejana estrella
de mi alma hermana,
¿eres divina
o eres humana?

Irradia siempre
tus resplandores
sobre la dicha
de mis amores.

Sé confidente
de mis ternezas,
y el tibio amparo
de mis tristezas.

Sé cual la Vesta
de nuestro hogar;
sé nuestra diosa
más tutelar.

Lejana estrella
de mi alma hermana,
siempre tan bella,
feliz... lejana!

Conforta el alma
que en ti alborea
como el lucero
de una alta idea...

¿Cómo eres casta;
cómo eres bella;
cómo eres libre,
radiante estrella!

¿Cómo cautivas
nuestra emoción!
¿Cómo conturbas
el corazón!

Lejana estrella
de mi alma hermana:
tú eres mi lumbre,
mi luz pagana.

Con las espigas
de tu alma en flor
llena mi estancia
de eterno amor.

Sé mi estandarte,
mi relicario,
mi luz, mi guía,
mi lampadario.

Que hasta tu cima
de eterno albor
llegue mi rima,
toda tremor.

J. J. Salas Pérez

San José, Costa Rica, 1930.



Qué hora es...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugerencias, ejemplos, incitaciones, perspectivas, noticias, revisiones...

El escarabajo enterrador

=Envío del autor=

Hay en el mundo de los insectos tantas formas distintas, bien caracterizadas, que se cuentan por cientos de miles, y los naturalistas que estudian esta clase de animales se han visto obligados a agruparlos por órdenes, tribus, familias, géneros y especies, haciendo además subdivisiones y variedades hasta tocar casi al infinito. Todas las formas y tamaños, todos los colores del arco iris, todos los matices de una puesta de sol y la variedad infinita de costumbres o maneras de vivir, que jamás llegará a conocerse en sus menores detalles, constituyen la historia de los insectos, tan interesante para los hombres de ciencia como el estudio de los cuerpos celestes, ambos igualmente inenmensurables.

Si tomamos la familia más insignificante, sin salir de Costa Rica, sin alejarnos de la me-

seta central, limitando nuestra observación al espacio que podemos cubrir con el sombrero, en la Sabana de Mata Redonda, veremos hacia el día de finados tres tipos muy diferentes, porque uno viste de púrpura, con brillo metálico, otro parece tallado en azabache pulido, y el tercero semeja una escultura de ébano charolado. Durante las altas horas de la noche permanecen sepultados en el suelo, pero al clarear el día o caer la tarde salen en busca de nuevo festín. Los que son de color negro tienen una vida más trasnochadora, mientras los de brillo metálico purpurino lucen su coraza de bronce a los rayos del sol, aunque esté en el cenit. Así nada se pierde: unos aprovechan el estiércol fresco durante el día y otros por la noche. No solamente comen, sino que entierran el alimento para las futuras larvas, cuyos hue-

vos dejan depositados separadamente en el fondo de las cuevas que las madres fabrican, y debemos suponer que son varias las posturas, en sitios apartados, porque de lo contrario quedarían las larvas agrupadas en estrecho recinto, sin el sustento indispensable durante los primeros días, pues más tarde las raíces del zacate son para ellas un forraje fresco, sustancioso y abundante. La grama protectora guarda después las crisálidas hasta el nacimiento de la nueva generación y el ciclo de la vida continúa sin interrumpirse al correr de los años y los siglos.

Los machitos del género *Copris* parecen cilindros cortos de azabache, redondos al terminar los élitros, estriados longitudinalmente, y tallados con primor en el tórax; llevan además en la cabeza un cuernecito largo, delgado y curvo, como si fueran pequeños rinocerontes. De este género hay ocho especies en Centro América; algunas de ellas son tan abundantes a principios de noviembre, que pueden colectarse más de cien ejemplares en un par de horas, si hubiera interés especial.

También los del género *Phanaeus*, color de púrpura, son comunes y los niños los recogen con frecuencia, por su brillo metálico verdoso, y porque tienen los machos un hermoso cuerno volteado en la cabeza, cual si llevaran una asta de bandera. Mis ejemplares cautivos se sublevan a menudo, durante las altas horas del día, y pretenden levantar el vuelo; mas una nueva ración de boñiga los tranquiliza y vuelven luego a la tierra remullida del fondo. Poco a poco se ha formado encima un montón de residuos vegetales, raicesillas y venas del zacate, que la humedad convierte en criadero de hongos filiformes.

Las hembras de unos y otros carecen de cuernos, lo cual les permite mejor su trabajo de excavación y enterramiento del estiércol donde instalan los huevos, que han de transformarse en larvas, crisálidas e insectos adultos, al final de la metamorfosis.

Nuestros escarabajos mayores miden tres centímetros de largo, el *Pinotus carolinus* (Lin.) por ejemplo: es de color negro lustroso, si se limpia con bencina, porque sus funciones de enterrador lo mantienen tan sucio que se le forman costras de tierra en las patas y por todo el cuerpo, tan persistentes, que a veces cuesta arrancarlas con agua, jabón y cepillo. Todo el escarabajo parece hecho expresamente para ejercer las funciones de sepulturero: su cuerpo casi redondo le permite meterse en estrechos agujeros circulares, la cabeza cubierta con un yelmo coriáceo, en forma de pala semicircular, las patas delanteras fuertes y provistas de tres dientes para escarbar la tierra, que la pala cefálica tira hacia atrás; las patas centrales y posteriores dotadas de una especie de azada o rastrillo en los talones para empujar la tierra hacia afuera, el tórax y los élitros duros, todo hace de esta creatura laboriosa una maquina admirable para el objeto a que está destinada por la Naturaleza.

Los ojos son grandes, globulosos y fijos en el borde posterior del yelmo, con la mitad descubierta hacia arriba y la cara inferior mirando al suelo, de manera que puede observar en todas direcciones, especialmente los objetos pequeños que se presentan por delante o que él trata de coger. Las antenas tienen 6 artejos, el primero largo y los otros cada vez más cortos, hasta terminar en tres láminas o cucharas de albañil; las antenas están articuladas por debajo, delante de los ojos, así pueden inspeccionar el trabajo que ejecutan como órganos del tacto, y plegarlas entre la cabeza y el tórax para su mayor protección, durante el reposo.